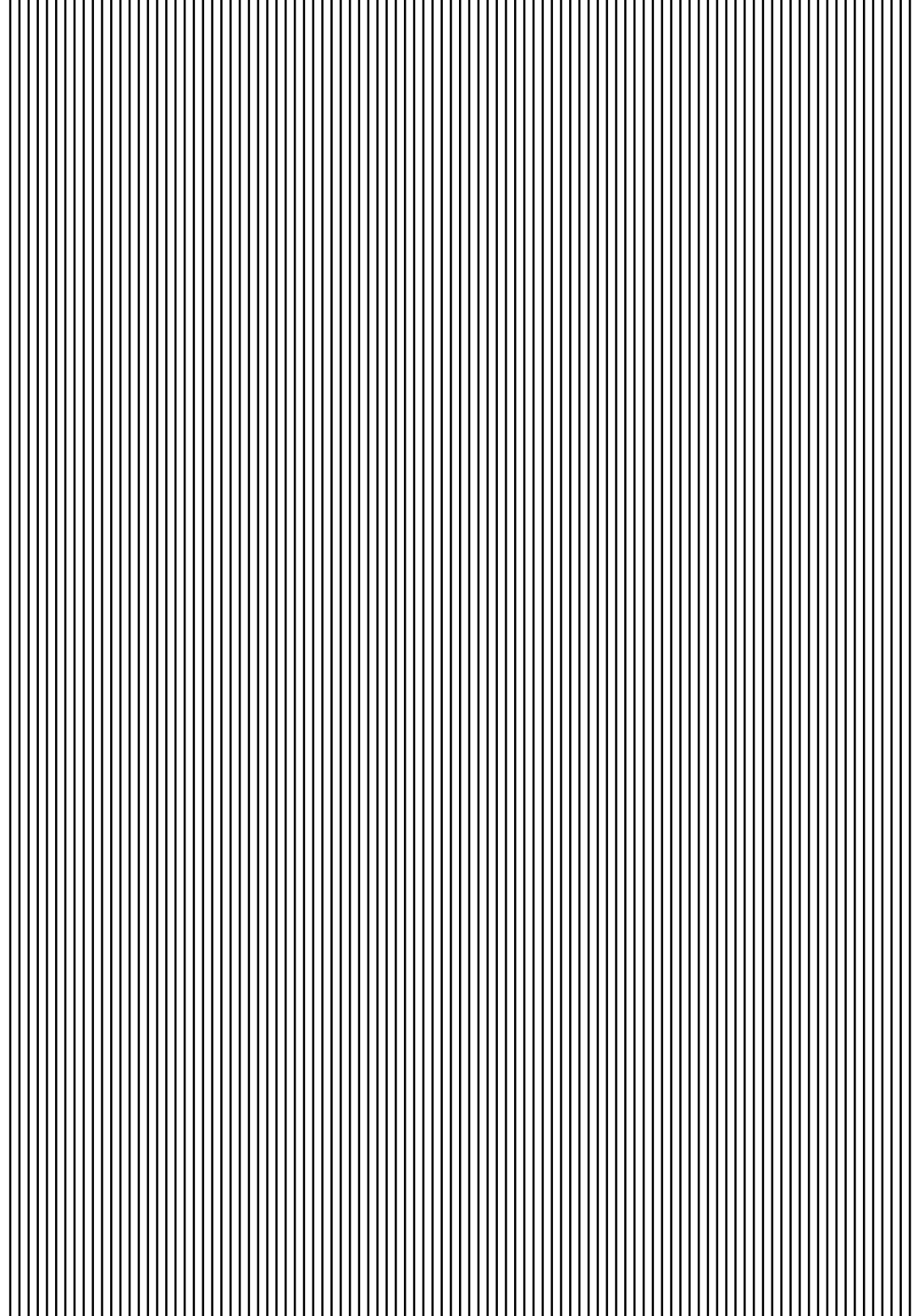
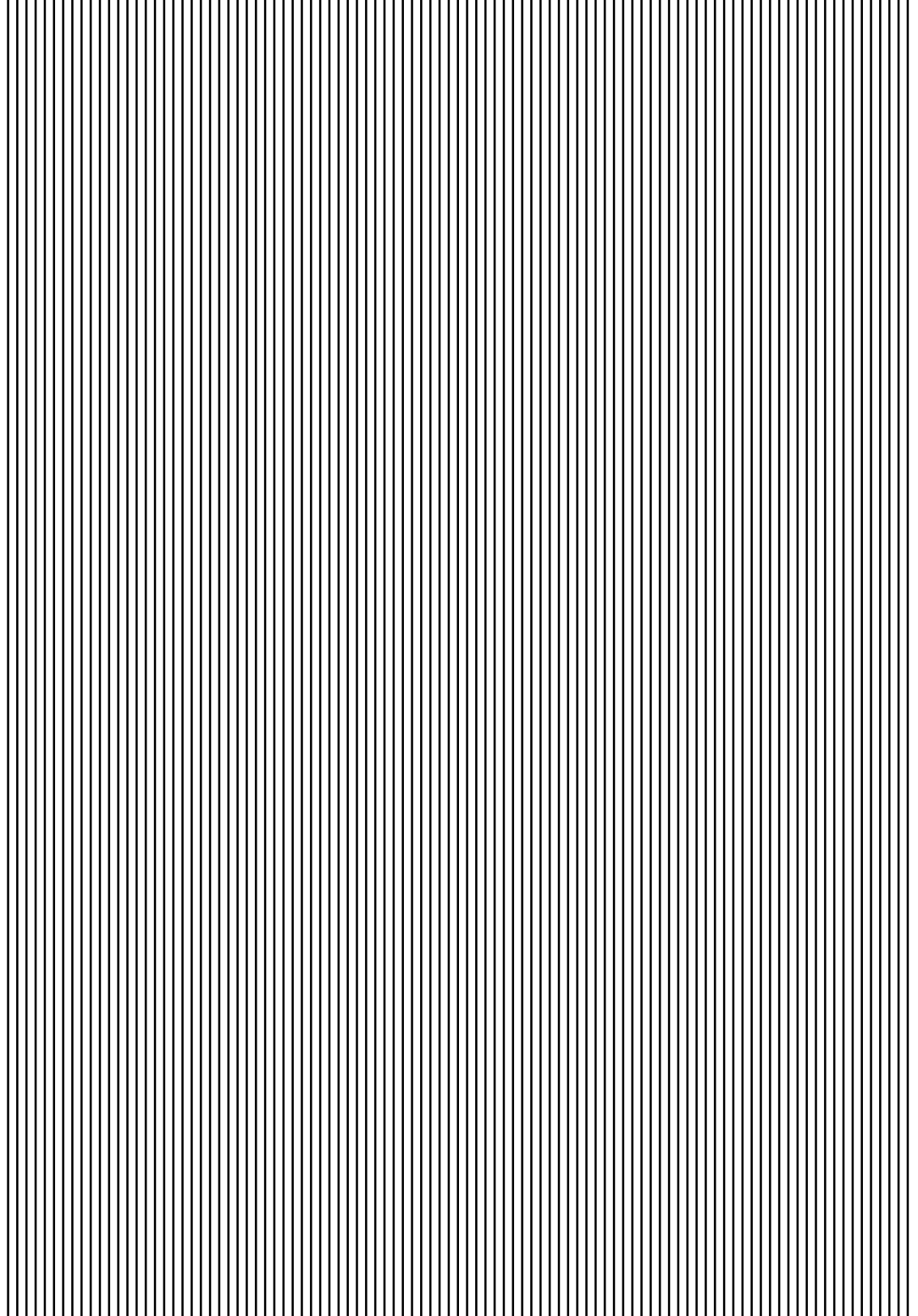




Un viaje lírico al
negocio de la muerte

CARLOS RUIZ VILLASUSO
NARCOHISTERIA







negra ediciones

Carlos Ruiz Villasuso

Narcohisteria

Un viaje lírico al negocio de la muerte

Narcohisteria. Primera edición, octubre de 2020

© Carlos Ruiz Villasuso, 2020

© NEGRA EDICIONES, 2020

Negra Ediciones es un sello editorial de Negra Edición Gráfica

Calle Azorín, 2. Las Rozas de Madrid. 28231 Madrid

www.negraediciones.com

Fotografía de cubierta: 123RF.com

Corrección: Gema Moreno

Diseño y maqueta: Negra

ISBN: 978-84-122522-1-7

Depósito legal: M-24253-2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impresión: Tórculo Comunicación Gráfica. Vía Edison 33-35. Santiago de Compostela. 15890 A Coruña
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Todo parecido con la realidad no sólo es real,
sino que, además, es cierto.

«Hay pueblos que saben a desdicha.»

Juan Rulfo, *Pedro Páramo*

«No me vengan con que es poético ladrarle a la luna,
poéticos son mis huevos y no les ladra nadie.»

Élmer Mendoza, *La prueba del ácido*

Esta historia de histerias ha de posarse en la tumba de CGR,
Panteón Municipal 13 de Tijuana. Aprendió a leer en cinco meses
a los 19 años sin abandonar su cuerno de chivo.

Dedicado a todos los que me abrieron los ojos a través de sus vidas.
Asesinos y sicarios de cárteles, policías, militares de la Marina mexicana,
gobernadores, autoridades de instituciones policiales
de México y de Estados Unidos, periodistas...
para los vivos y, sobre todo, para los muertos y desaparecidos.
Ellos son esta novela con el respeto de sus nombres y el deseo de que la
puedan leer los que aún estén entre los que amanecen.

Para Gonzalo y Jimena. La vida sólo es vivirla.

Para María.

Para el titanio de mi espalda.

El Coyo



«El kilo de coca se compra en zonas rurales en 2.500 dólares en tanto que entre distribuidores se comercia hasta en 45.000. ¿Y la heroína? Un gramo de esa sustancia, con muy bajo grado de pureza, se consigue en las calles mexicanas a un precio equivalente a 10 dólares, pero sólo con cruzar la frontera puede llegar hasta los 318 dólares.»

«Los Rostros del Narco»,
de los reporteros de la revista *Proceso*

Madrid, España, ¿Europa? Ciudad de México, México. Tijuana, Baja California, México. Hace tantito tiempo

Lo conocí al llegar a Tijuana, después de un viaje largo en el que me dio tiempo a reescribir mi vida. Si no lo hice fue porque se me acabó la tinta en la voluntad.

Cuando viajo pienso, y cuando pienso me interrogo con más fiereza que la que emplea el señor juez con los acusados de un delito, y me suelo demorar en las respuestas, las alargo, busco las razones y, sobre todo, me teorizo.

Teorizarse es como subir por la escaleras mecánicas montando en las que bajan, caminas del revés, te juegas el tipo, te cuesta un mundo alzarte tres escalones y es una elección estúpida, lo mismo que teorizarse con interrogaciones de todo tipo. Porque en la teoría me pregunto de todo y no soy capaz de decidir nada, ni de actuar. Tenía antes del gran viaje una habilidad inútil para abrir debates inverosímiles en mi mente, pero nunca me valió una respuesta definitiva porque me había

convertido en un puro interrogante gigante. Así fue siempre. Un inactuante perfecto y ordenado, silencioso y cortés, con un cociente intelectual 131 y un cociente cero de actuación. Un superdotado pusilánime.

Era el niño del cuadro de honor del colegio, el que nunca se arrugaba la camisa, el que mejor gambeteaba con el balón, el primero de la clase, el amigo preferido que regalaba las galletas de chocolate en el recreo y que dejaba que le copiaran los exámenes, y luego, cuando me crecieron los pelos en mis partes y me hice mayor, en lugar de cambiar, seguía siendo lo mismo. Un teórico con la perenne raya de la plancha en su cuerpo, al que se le acababa la tinta cuando estaba a punto de escribir su vida y que se preguntaba por las estupideces más vulgares.

Por ejemplo, qué coño hemos hecho en este mundo los seres humanos para desconfiar tanto de nosotros mismos y ser presuntos asaltadores de la paz, que nos obligamos a ir a un aeropuerto a que nos den cachetes, nos visualicen, te hagan tirar la botella de agua antes del embarque, te dejen medio en cueros, sientas que eres asesino si el arco del metal te detecta los clavos de tus zapatos de suela y cuero que has comprado en una tienda pija y hace piii. De repente casi me detienen.

—Los zapatos, por favor.

Me los quité porque estrenaba calcetines. Cuando recogí las pertenencias en esa bandeja que parece la del McDonald's y me puse mi cadena con mi medalla de plata, mi cinturón, los zapatos y mi ordenador de mano regresó a mis manos, uno de los vigilantes echó un vistazo a la placa, que asomaba por la cartera. Se mosqueó y me llegaron dos picoletos jóvenes de color verde, pelo al dos y cara bucólica.

—Pasaporte, por favor.

Casi no se lo doy. En el apartado «profesión» ponía psiquiatra y adivinaba la carcajada.

—¿Lleva usted una placa de agente de la ley?

—Lo que llevo es mi acreditación de policía judicial.

—¿Nos acompaña?

Verificaron si era auténtica mientras yo esperaba teorizándome. Por eso se me hubiera acabado la tinta como se me acabó la paciencia.

—¿Viaja usted de forma privada o por algún asunto profesional?

Viajo porque compré un billete, no te jode. Esto no se lo dije.

—Si quiere respuestas sobre mi viaje, que se las dé el señor juez Evaristo San Miguel de la Audiencia Nacional, yo no estoy autorizado a contarles nada más.

Me miraron de nuevo, esta vez como si yo no fuera el niño aplicado de la primera fila que jamás se arrugaba las camisas, porque en su

mirada llegué a ver lo que en mis sueños húmedos siempre quise haber sido, el chico indolente de la última fila que aprueba con lo justo y al que odian ellos y bichean ellas en las noches de sueños húmedos, algo en lo que pensaba no hacía tanto tiempo, cuando Cayetana se quedaba dormida después de haber hecho el amor de forma lánguida y educada, tal y como yo creía que era el sexo entre dos personas que se han casado y que hacen tan buena pareja, un sexo educado, con orden, sin sudor, en silencio y que no durase mucho. Se dormía y yo seguía soñando con ser el chico malo. No sabía que iba camino de aprender a serlo definitivamente. Me miraron como si de repente yo fuera James Bond.

Casi les firmo un autógrafo.

—Que tenga buen vuelo, inspector.

—Gracias, sargento.

Caminé hacia la solidaridad de un vuelo en el que más de doscientas almas comparten un chiquero por unas once horas. Al subir me dieron la bienvenida las azafatas al estilo azafata y las respondí con una murmuración breve parecido a un muchas gracias mientras buscaba el 31b de entrada general. Centro, ni pasillo ni ventana. Entonces planteé la estrategia para el viaje, cuya teoría conozco de memoria, puse la cara que pongo cuando no quiero que me hablen porque en mi vida me han hablado tanto que nunca tuve un minuto para mis propias charlas, como si hubiera nacido para ser mayordomo de los cristales rotos de los demás, de sus quebraderos de alma y de sus lunas llenas de cráteres oscuros.

Miré a mi derecha, una niña pija rubia, ancha de cuello y mona de cara, que ni me miró porque no era su tipo, con olor a aventura de un viernes por la noche, se despedía de su novio por teléfono, *osssea*.

No quise molestarla y le lancé a la cara un disculpa discreto al rozar sus caderas de mamá futura con mi pierna derecha. A la izquierda, un señor de Los Ángeles (California) que sudaba a causa del exceso de peso, con doble papada y movimientos de lento volumen que me cedió el paso con la amabilidad de los Estados Unidos de América, como perdonando mi deuda pública. Yo, con la rapidez de los flacos, le gané la vez colocando el brazo en el apoyabrazos del asiento. Le hice una putada. La mitad del viaje no supo qué hacer con él. La otra mitad la recordará toda su vida. Se durmió con la profundidad gruesa con la que se duermen las gentes de peso y se despertó en el aeropuerto del D.F. con principio de artrosis en su brazo.

Pero no me dio pena. Recordé más cosas que había leído sobre México. Entre otras que no hace tantos años, el país del ombligo de la luna había

perdido en combates con los gringos del norte casi la mitad de su territorio. Allá por la mitad del siglo XIX la frontera con Texas no era el río Bravo de las películas de cowboys, sino otro más al norte llamado río Nueces.

En ese tiempo los United States le ganaron en guerra a México los estados de Alta California, lo que hoy es Nuevo México, Arizona, Nevada, Colorado, Utah y parte de Wyoming. Una firma en un tratado llamado de Guadalupe Hidalgo los hizo gringos. En los libros de la historia oficial viene en letra pequeña. Creo recordar que el Gobierno norteamericano prometió una indemnización de 15 millones de dólares. Yo no sabía eso, pero el saberlo me puso aún más al lado del sur. A mí me joden los prepotentes y ese gordo era prepotente y yanqui. Que le dolieran sus dolareados huesos de educación superior por unas horas me hizo sentir mejor. Me estoy volviendo de izquierdas.

La pija también se quedó dormida.

Las pijas duermen benditamente, pero pueden hasta roncar. Sua-vecito, pero roncaba. Yo no pegué ojo porque me propuse conocer México y su problemática de la frontera, la droga, los cárteles y esas cosas, a través del estrecho haz de luz individual del avión leyendo archivos en mi portátil. No hice ni pis.

Cuando se vuela, se embarca meado.

En el aeropuerto internacional de México D.F. me esperaba un fiscal de la PGR, la Procuraduría General de la República, y no tuve que pasar por la cola de la migra. Fueron muy amables y me acompañaron a una sala en la que incluso debuté en el vicio del tabaco con dos marlboros. Primera ilegalidad. Lo hice porque me ofrecieron y soy muy educado. Desde ese día fumo, Cayetana, sí.

Embarqué en otro Aeroméxico, esta vez en *business*, en donde hasta la revista de la tienda a bordo sabía que yo era un madero de Madrid, España, y me trataron como si fuera una mezcla de Harry el Sucio y Jorge Cluny. Lo hicieron tan bien que me lo creí y al aterrizar y recoger mi equipaje, cuando vinieron hacia mí dos judiciales uniformados para acompañarme hasta la ciudad, me creí *cerocerosiete*. Creo que allí, en ese vuelo desde el Distrito Federal hasta Mexicali, frontera norte mexicana con los USA, maté al psiquiatra que había en mí, al niño bueno, al hombre que hacía sexo con orden y a muchas otras cosas.

Fue en ese vuelo.

O cuando lo vi por primera vez.

Conocí a El Coyo y a la frontera el mismo día, un viernes del mes de julio de calor y polvo, luego de más de 24 horas de no pegar ojo. Me llevaron a un hotel que dicen habían reservado desde Madrid de parte

de la Audiencia. Pero no era el hotel limpio y pulcro como uno de la Castellana, le noté cosas de lujo, pero estaba medio domado por el horario vuelto, así que dejé las maletas encima de la cama y saqué una camisa. Me lavé la cara pensando que mejor me metía en faena, así que bajé decidido a faenar.

—Cuando puedan, me llevan a conocer a su comandante, por favor.

—Faltaría más, señor, síganos.

Caminé.

Al salir a la calle, antes de entrar en el coche de la patrulla, el sol me pegó fuerte dos ganchos, derecha e izquierda, en los dos ojos, con una luz distinta, como más brillante. Los olores a vida revuelta me eran desconocidos, las bocinas de los autos sonaban el doble, el caminar de las gentes era más pausado, yo era más alto que en Madrid con respecto a la media de alrededor y al final de la calle se veían varios carteles que indicaban la dirección del *Border*. A pocos pasos.

La frontera norte de México con los Estados Unidos de Norteamérica quebraría en dos para siempre la forma de ver un mundo del que nos cuentan la versión del otro lado y barren debajo de la alfombra lo que quieren ocultar.

México es una gran alfombra con sus anhelos barridos día a día, quedando ocultos a los ojos y las mentes de su propia plebe.

Hay dos Méxicos, el que es y el que se cuenta, pero el que no se cuenta es el oficial. Eso aprendí.

Después de una media hora rodando por las calles en el asiento de atrás de una patrulla, llegué al destino para pegarle fuego al inicio de la mecha que tumbó mi vida y me levantó otra.

La vida es frontera siempre.

México es una frontera.

Cayetana era una frontera.

Mi pene es una frontera. (Borren eso, no es imprescindible).

El personaje de El Coyo esperaba cerca de donde se detuvo el carro. Me dirigieron hacia el interior de un restaurante. Vacío. Salvo una mesa, al fondo. Y entonces lo vi.

Tenía la cara de niño en el rostro de un hombre, mirada de halcón de color azul, nariz de águila y manos de pianista. Los ojos achinados, como dos almendras estiradas. Los dejó al descubierto tras sonreír con la guardia en alto y quitarse los lentes Rayban color verde oscuro, la tez era más blanca de lo que yo había supuesto.

Hice tantos estereotipos sobre México en mi documentación de colegial desde la llamada al orden del señor juez que me había apren-

dido el guion de unas enciclopedias y la trama de una película yanqui sobre traficantes, en lugar de hacerme un retrato cierto. Mi enlace o guía, el comandante de la Federal Judicial don Luis Arturo Domingo de Dios, alias El Coyote, alias El Coyo, no era la caricatura bigotuda y panzona enfundada en el uniforme ostentoso de la Federal, con su placa, galones, cinturón con funda de cuero y pistola en la cadera que yo me había imaginado como un imbécil consumidor de western.

Era un tipo delgado, de pelo corto pero no al cepillo, ademanes educadamente lentos, como los de un puma en que se adivina una rapidez felina y certera, mentón fuerte amparado por dos pómulos marcados, y la dentadura de un anuncio de profidén. Podía ser un actor de telenovela, pero de pronto aparecía como un imán a la vista una línea rosada de unos siete centímetros, que dibujaba otra frontera en la mitad de su ceja izquierda. Me dio como miedo.

Una cicatriz que terminaba en la mirada de su ojo.

Vestía de paisano, mitad a su aire personal de tipo fino, y la otra como los hombres de la sierra, de donde llegan los bravos sin temor a lo que se puede perder y con apego férreo a lo que se puede ganar. La camisa no era de cuadros ni con dibujos ni letra alguna, era blanca, de algodón y sin bolsillos en el pecho ni botones con remaches, un levis desteñido y limpio y sin marcar paquete. Sin pulseras ni anillos. De la plebe se añadía un cinturón de piel ancho con una hebilla en herradura, seguro que de plata, y unos botos negros con la imagen de un escorpión blanco de piel.

Estaba sentado en la mesa de la taberna, espalda contra la pared, comiendo una carne de parrilla y bebiendo una cerveza a puro cuello de vidrio. Lo primero que me pregunté es por qué llevaba gafas de sol en lugar cerrado y tan en la sombra. Dejó de hacer pedacitos la carne, se limpió la boca con una servilleta y esperó a que el sargento hiciera las presentaciones, levantándose. El sargento le dijo a la orden, le dijo quién era yo, el mero, y me dijo quién era él, todo de corrido.

—Quihubo, inspector, qué gusto, ¿cómo le fue el viaje? Le hacía descansando. Dígame nomás si el hotel es de su agrado o lo ubicamos en otro sitio. Qué pena por usted, siéntese por favor, ¿gusta cenar algo?

La mano era larga y fuerte, la mantuvo anudada a la mía y me palmoteó el hombro antes de indicarme una silla y sólo se sentó de nuevo cuando yo lo hice. Todo sin dejar de sonreír, bien amable. Y sólo cuando pedí café expreso cargado, se quitó de nuevo las gafas de sol para medirme directo a las pupilas: ya te vi, españolito listo. Se me hace que aún no encontraste la Castellana por acá, pendejito.

—¿Y cómo me dejó Madrid, inspector? ¿De verdad no quiere una carnecita a la brasa? Sin chingues de chiles, no se preocupe. Verá que lo vamos a tratar a toda madre, ¿sí? Velaré por la salud de su estómago.

Seguía comiendo con apetito, bebiendo con sed, para detenerse como el puma al avistar la presa, sin dejar de masticar, cuando un agente de uniforme se nos vino encima.

—Buenas noches, mi comandante, y provechito.

Le dejó un chaleco antibalas y una funda cartuchera de cuero de un color usado, preñada de una nueve milímetros, que colocó a la derecha, encima de la mesa. Eso después de sopesarla y poner bala en la recámara, chas chas, me guiñó un ojo y luego le dejó caer con la mirada al patrullero una sonrisa de western:

—Lopecito, llévese este peso muerto, ¿a poco quiere que me lo ensucie con el tabasco?

Le devolvió el chaleco tirandoselo sin mirar. Si quería impresionarme, lo hizo, tanto que me quedé mirando el arma, con la culata de cachas blancas y la cabeza de un toro de plata aplicada en ella como la pegatina de un cantante en la pasta de la carpeta de una quinceañera. Nunca fui hombre de cine actual y los mexicanos de los revólveres y caballos de las cintas en blanco y negro eran mis referencias más recientes, así que puse la mente en blanco y negro.

Y vi ¡*Viva Zapata!* por unos segundos.

El último plano era una sonrisa de puma con colmillos blancos que me hablaba para traerme de nuevo el color a la película real.

—Me hará un favor, inspector, ¿sí? Se me sienta aquí a mi izquierda, así los dos no perdemos de vista el paisaje de la puerta, ora se nubló el sol y pueden salir los vampiros. Y se me olvidaron en el carro el agua bendita y las estacas.

Al cambiar de sitio, miré a la puerta sin entender nada. Hacía el mismo sol que cuando había entrado, los vampiros estaban en su país de origen y no acertaba a comprender tanta necesidad precautoria, tanto exceso de parafernalia. Pedí una cocacola y él más cerveza.

—Perdone la pregunta comandante... —me interrumpió con el tenedor apuntando a mi pecho.

—Nos tuteamos mejor, Juan.

—Vale, pues perdona la pregunta, Arturo... —me interrumpió de nuevo, esta vez con un pedazo de carne ensartado en el tenedor, que también apuntaba a mi pecho.

—Coyo, llámame Coyo nomás; Juan, así me dicen los amigos... bueno, y los que no son amigos.

—Bueno, pues te tuteo. ¿Por qué has cogido la pistola, la has sacado de la funda, le has puesto una bala en la recámara... y por qué me has hecho cambiar de sitio? Porque si es porque hay alguna amenaza que yo no sepa, quizá deberías decírmelo.

Pasaron los segundos que se tardó en terminar de trocear los dos últimos pedazos de la carne, masticar despacio cada uno de ellos, limpiarse la boca con una servilleta, beber un trago largo de la cerveza y volver a limpiarse los labios, como dicen que se debe hacer cuando quien come y bebe está bien educado para hacerlo, pero ni entonces abrió la boca para contestar, sino que se pidió un café con un gesto antes de mirarme a los ojos.

Limpió las Rayban con la misma servilleta, eso no es un gesto educado, y después de ponérselas llegó la respuesta.

—No sé qué idea tienes de mi país, pero la que tengas ya te la puedes ir mudando de la cabeza. Seguro que aciertas poco, pero si la tuvieras bien, bien, pero que muy bien encajada, nomás la olvidas aquí porque lo que vale para cualquier sitio de este *world*, vale madre para la frontera. Porque miJuan —sacó un cigarrillo, me ofreció a mí uno, encendimos cada uno el suyo— ...esto es *the Border*... la frontera.

Susurró con el humo expulsado de la primera calada. Yo le respondí con el silencio y con un «¿Y?».

—Pues nomás que aquí, en esta chamba policial, hay que sentarse a comer o a beber una cerveza con la espalda bien sujeta a la pared y con la puerta a la vista y la fría cerca. Por eso aquí está, al lado de mi mano buena, la derecha, ¿ves?

Pausa, nueva calada al cigarrillo, dedo índice que deja caer la ceniza en un cenicero.

—Pero imaginemos por imaginar, miJuan, que ese morro, Lopecito, me quiere chingar, y me trae un fierro sin balas y yo soy tan pendejo que ahí mismo la dejo, encima de la mesa y de repente aparecen por la puerta pinches vampiros, nooo, ni modo, hay que cogerla, sopesar que lleva adentro todas las pinches balas y poner una a puntito de parir. Cortar cartucho. ¿Comprendes miJuan? Esto es *the Border*, pero ya lo irás aprendiendo y hazlo rápido inspector. Órale, ya nos podemos ir...

Añadió mirándome en la mirada:

—Madrid... Me gusta Madrid.

—¿Ya has estado allí?

—Pues fíjate que no, no se me perdió nada por allá.

Nos levantamos, no pagó la cuenta ni hizo gesto de hacerlo, se enfundó el arma, la puso en la cintura.

—Como decías que te gusta Madrid pensé que ya habías ido.

Salimos a la calle, me puso la mano encima del hombro mientras yo me convencía de pleno que tenía que comprarme unas gafas de sol.

—Esa es una deducción de un policía europeo, causa y efecto, aquí las cosas no son así. Por ejemplo, a mí me encanta esa viejita, paisana tuya, ¿Penélope Cruz?, y eso no significa que ya me la haya cogido, Juanito, ¿te gusta coger miJuanito?

—¿Coger?

—Ustedes le dicen joder o follar.

Amago educado de eructo. Diez pasos y doce segundos de silencio. Y entonces se lo escuché decir por primera vez, sin sonreír, cambiando el gesto de amabilidad que había tenido por un tono de voz que le salió como de una caverna de heridas localizada en el intestino grueso:

—*Made in México*, mijito. Todito este pedo... —señaló de este a oeste con el brazo— es purito *made in México*, nunca lo olvides.

Caminamos hacia el puesto de los Federales, unas cuatro manzanas abajo, en la misma acera, saludando las buenas tardes a quien se las dirigía previamente a El Coyo, mientras él caminaba pausado y derecho, bien comido y bebido, llevándose dos dedos a la sien para devolver el buenas tardes o el quihubo mi comandante a una mamá con sus dos hijos, al propietario con cara de indio adormecido de un carrito de helados, lo mismo que a la chamaca vestida de atrezo indígena que vendía suvenires tijuaneses *made in Taiwán* a un puñado de turistas en bermudas, hasta que entramos en el edificio abriendo una puerta a pie de calle protegida por una guardia pretoriana de seis agentes anchos y azules, armados para una guerra.

Al entrar me topé con la espesura de un ambiente caldoso con olor a rutina oficial e impresos a rellenar por cuadruplicado que sobrevivían entre paredes llenas de anuncios y pasquines. Un reloj digital grande se retrasaba arriba del retrato oficial del presidente de la República, que estaba escoltado por dos banderas nacionales tan absolutamente indiferentes a todo que el águila del escudo parecía aferrar en sus garras a la serpiente por mero compromiso.

Luego, con los meses, llegaría a pensar que en México es tal el grado de corrupción que lo que hay en su bandera es actuación. El águila simula aferrar con sus garras a la serpiente. Esta ya le pagó la mordida. En cuanto al nopal... bueno, siempre ha de haber un palo que aguante la vela. De la bandera, el nopal es el pueblo mexicano. Pero puede que esta visión sea injusta o fruto de una mente europea.

Dentro. Un federal de obesidad oleosa y piel oscura abrió la puerta del despacho de su comandante.

—Me llama al forense —le dijo al entrar.

—El licenciado Martínez ya se fue, mi comandante.

—Pues a mí me da que usted me lo va a regresar... ahorita.

Me entregó un archivador con datos del suceso de los muertos encontrados.

Un cazador de coyotes furtivo leyó el vuelo de los buitres y caminó hacia el terreno que marcaban sus círculos aéreos. Fue un jueves, quince días atrás. Mes de julio. Acertó con su mirada de lince y su olfato de rastreador al encontrar unos huecos en la arena, a la hora de la amanecida. Al abrigo de un sol arcangélico que bostezaba entre el horizonte de colores vivos. Se asomó dentro con su mirada, espantando a pedradas la persistente aproximación de las carroñeras, para adivinar un amasijo desordenado de cuerpos cubiertos de ramas secas y tierra. Dio el aviso a la Policía y de la hondonada se sacaron cuatro cuerpos de cuatro adultos varones cuya muerte autopsiada dio como razón cuatro disparos en la nuca. A bala por cabeza.

Los muertos fueron identificados sin dificultad a pesar del paso de la erosión de los días y las noches y del rastreo y mordidas de las alimañas nocturnas, que se habían racionado partes blandas de los cuerpos dejando al viento el rastro para los buitres. Los cuatro tenían sus carteras con sus documentos de identidad arcillados de arena y agusanados, pero legibles. Dos ciudadanos mexicanos, uno natural de Culiacán, otro de Ensenada, un varón de pelo güero y estatura destacada natural de Houston, y un español, rubio también, de la ciudad de Madrid.

—El güero era un morro conocido por su habilidad con las planeadoras y las avionetas, a los nacionales se les conocía por lo que fueron, gentes de bala y mota, y el que es desconocido es tu paisano, Juanito, no nos encaja en este empedrado, más bien nos sobra.

—Quieres decir que hay un muerto que no encaja en tu teoría.

—Cuál teoría. Aquí no hay teoría sino un asunto más de guerra entre cárteles. Los mexicanos muertos pertenecían a alguna fracción de la Familia Michoacana... estaban muy lejos de sus plazas, por eso los mataron.

—¿Eso crees?

—La neta. Si no fuera por ese paisano tuyo ya habríamos cerrado este pedo, es un asunto vulgar. Si lo borramos de la escena, tenemos un mero suceso entre narcos. El tiro en la nuca es para los que se van de la boca. Ya los identificamos como gentes del cartel de la Familia. Así que pudieron matarlos los rivales del cartel de Tijuana o el de Sinaloa o hasta los residuos de los Zetas, o los de Jalisco Nueva Generación,

qué más da... Pero tu paisano me tumba un poco la conclusión al ponerse en medio de la foto. Y por eso estás tú aquí. Qué hace un pinchi español en este asunto es una novedad.

—Me gustaría ver el lugar donde se encontraron los cuerpos.

—Bueno, ese es un gusto que te podemos dar, compa, mañana te mostraremos tu primera narcofosa.

—¿Narcofosa? Pensé que la Justicia de aquí no usaba el lenguaje de los propios delincuentes, es... cómo diría yo, una forma de avalar al propio crimen.

Sonrisa de te perdono, idiota.

—No soy de esa opinión, Juanito. Hasta no hace muchos años, existía la realidad, digamos, normal. Hace al menos tres décadas o cuatro que existe la realidad de las realidades, la narcorealidad.

Fue una de las cosas que aprendí pronto.

La narcorealidad.

Me explicó paciente.

Los lingüistas mexicanos que hablan del nuevo lenguaje del crimen como una claudicación a su poder son tan pendejitos como el psiquiatra que yo era antes. Desde hace décadas existe un fenómeno económico en México en donde su potencial dolarístico hace que un solo cartel grande sea capaz de mitigar la deuda exterior de su país. El Coyo me hablaba mientras empalmaba un marlboro con otro.

—En un año se lavaron alrededor de mil millones de dólares. Los lavados, los dólares sucios son incontables. El censo de muertos por violencia relacionadas con el narco son incontables. Hay abogados, juristas, mecánicos, periodistas, jueces, policías, militares, políticos, camareros, dueños de restaurantes, *table dancings*, lugares de copas, y mil profesiones más que han variado su paso porque en algo, en parte o en todo, viven del dinero del narco. El lenguaje que describe la realidad común no sirve para esta nueva. En México, se quiera o no se quiera, existe una vida que se comió tanto a la otra vida que ahorita es de pendejos flagelarse por si acaso damos chance a todo lo narco por hablar en lenguaje narco.

Le pregunté: —O sea, que lo que tú llamas narcorealidad sólo es una forma de bajarse los pantalones ante los criminales, aceptar su lenguaje impuesto con terror.

—A güevo que no Juanito, me vale verga lo que digan los lingüistas. Aquí las palabras se despegaron de su contenido. Aquí la realidad es que existe el narcolenguaje nomás porque se usa ese lenguaje, existe la narcocultura porque se siente, se vive y se canta a esta realidad. Existe, Juanito, la narcoeconomía, los narcoprofesionistas, la narcoreligión, el

narcocine, el narcocorrido... —me dijo El Coyo mientras me daba unas fotografías del levantamiento de los cadáveres—. Así que no me seas lingüista, miJuan.

Cuatro cuerpos muertos que no decían nada. Envueltos en polvo, arena y sangre seca. En cada boca aparecía un pedazo de desierto que pudo ser escupido. Eran unas cincuenta fotografías, de la fosa, otras de rodadas de llantas en los alrededores.

—¿Ya habéis investigado las huellas de los neumáticos?

—Cómo no.

—¿Y?

—Pues que de esos neumáticos, desde aquí hasta Monterrey, al otro lado de la frontera, hay centenares de miles idénticos.

El cadáver del español no llamaba la atención. Era joven, sin duda, quizá un tipo mal ubicado en un día de descuido o quién sabe. Alto, era alto. Y rubio.

—Mi paisano era rubio.

—Pues sí, güerito, era, ya ves. Ahí mero tienes su pasaporte.

Le eché un vistazo. Habían limpiado tan mal el polvo y la arena que apenas nada era legible o reconocible. Agustín Llamazares Ruiz. Madrileño. Miré la fotografía. Una foto de esas que no dicen nada y menos una señal de quien terminó antes de tiempo con sus años.

—Mejor te lo llevas todo al hotel. Las fotos también. Y mañana las cotejas con lo que puedas ver en la fosa. El sargento Ramírez te espera en la recepción. Él se encargará de que estés seguro. La patrulla te llevará en su coche. Nos vemos en tu hotel, ¿sí?

Me tendió la mano, le di la mía y me golpeó en el hombro.

—Que descanses, Juan. Me ha alegrado mucho conocerte.

—Gracias, Coyo, a mí también.

—Mañana iremos al desierto, a ver el lugar donde encontramos los cuerpos.

—¿A qué hora quedamos?

—No hay hora, miJuan, nomás cuando abras los ojos, te desayunas unos huevos rancheros a toda madre y cuando estés descansado y comido, esa será la hora.

—De acuerdo.

—Mañana te consigo un celular, así nos podemos wachar mientras estés acá.

—Muy bien, buenas noches de nuevo.

—Ah, te cambiamos de hotel, para que estés más cómodo, ya cambiamos tu equipaje y no te apures, ya están avisados en Madrid.

Juan es un psiquiatra reconvertido a policía judicial en Madrid. Viaja a México a investigar la muerte de un español encontrado en una fosa común en Tijuana. Allí conoce a su alter ego, un comandante de la Policía Federal, Arturo El Coyo, y con él comienza el viaje más extraordinario, salvaje y real por el México de lo narco y su violencia más atroz. Una odisea hacia las entrañas del «negocio de la muerte» donde droga, armas y muertos forman una trilogía histórica. Un viaje de transformación, un wéstern de frontera que traspasa continentes al unirse en cordón umbilical con la corrupción de la mafia rusa en España, que alcanza a las altas esferas de la política, la magistratura y las fuerzas de seguridad.

La novela definitiva sobre el problema transnacional del llamado narcotráfico y la relación entre un «país yonki», Estados Unidos, y su proveedor, México. Mientras la narrativa actual y las series de Netflix se quedan a resguardo en «lado mexicano» de la mayor fábrica de muertos de la historia, la novela muestra las entrañas del otro territorio del negocio, Estados Unidos. Violenta, lírica, mexicana, dramática y valiente, *Narcohistoria* es capaz de hacer literatura con el fondo cierto de una realidad sobrecogedora y vergonzosa, pero sin embargo poética. Novela de expresión real casi cinematográfica. Presidentes de Gobierno, políticos, policías, jueces, agencias de inteligencia, entran y salen del texto con la misma facilidad que se cuentan los muertos y se reza a los desaparecidos. Con la particularidad de que ninguna ficción es más brutal que la propia realidad.

Tras cuatro años de trabajo de campo en las zonas mexicanas y norteamericanas del conflicto de lo narco, el autor se basa en personajes reales y en datos inéditos procedentes de fuentes de primerísima mano (integrantes de cárteles de la droga mexicanos, Marina mexicana, CIA y DEA, políticos en activo...), para concluir que nunca habrá solución para la violencia del narcotráfico en México si Estados Unidos no deja de priorizar la «seguridad nacional» sobre su problema de «salud nacional». Mientras la CIA tenga prioridad sobre la DEA.

